

El giro a la izquierda en América Latina: ¿una política post-liberal?¹

The turn to the left in Latin America: A post-liberal politics?

Benjamin Arditi²
barditi@unam.mx

Resumen

Cuando Hugo Chávez fue electo como presidente de Venezuela la izquierda gobernaba sólo en Cuba. En el tiempo transcurrido desde entonces otra media docena de países se sumaron a la lista y muchos comentaristas han comenzado a hablar de una ola rosada o del giro a la izquierda en la región. Este artículo intenta conceptualizar lo ocurrido. Propone un marco analítico para caracterizar a la izquierda y el giro a la izquierda en la política latinoamericana. El éxito electoral sigue siendo el criterio habitual para determinar dónde ha habido un giro a la izquierda, y está bien que así sea. Pero se trata de un criterio restrictivo dado que los procesos en curso en la región parecen ir más allá de las vicisitudes electorales. Por eso propongo suplementar el criterio electoral con otros. Entre ellos, la capacidad de la izquierda para configurar la agenda política y el hecho de que ella está redefiniendo el centro político e ideológico. En la sección final abordo lo que me parece ser el aspecto más innovador de estos giros, a saber, su incipiente desafío al esquema liberal de la política. Un escenario post-liberal está surgiendo a medida en que los actores experimentan con formatos y lugares de intercambio político paralelos a los de la esfera liberal de la representación electoral. No se trata de proponer un maniqueísmo de lo uno o lo otro pues las insurgencias en curso son críticas de la política liberal pero no dejan de estar contaminadas por ella. Mi conclusión es que el escenario post-liberal está caracterizado por la hibridación política.

Palabras clave: izquierda política, América Latina, política post-liberal.

Abstract

When Hugo Chavez was elected president of Venezuela the left governed only in one other country, Cuba. Since then, there has been a tectonic shift in Latin American politics. Left-of-center coalitions are now in office in more than half a dozen countries and many observers speak of a pink wave or left turns in the region. This article seeks to shed some light on this process. It outlines criteria of theoretical and practical reason to address what it means to speak of the left in this juncture and looks at ways of characterizing its resurgence. Winning elections is the undisputed benchmark to assess the left turns. It is also restrictive because the ongoing changes in the region seem to go beyond the fortunes of short-term coalitions. This is why I propose to supplement the standard benchmark with additional criteria. The main one is the success of the left in redefining the parameters of the political and ideological center. In the final section, I focus on what I see as the most innovative aspect of these turns, namely, their challenge to the conventionally liberal understanding

¹ Artículo publicado inicialmente en *Latin American Research Review* (LARR), 43(3):59-81. La traducción es ligeramente diferente a la versión publicada en inglés, sea porque se actualizaron y agregaron fuentes o porque se reforzaron algunos argumentos.

² Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México.

of politics. A post-liberal political scenario is emerging as actors experiment with various formats and sites of engagement alongside the liberal sphere of electoral representation. It is not a Manichean either/or situation; ongoing insurgencies are weary of liberal politics but are nonetheless contaminated by them. My conclusion is that we are bound to see more rather than less hybridity in this post-liberal scenario.

Key words: left politics, Latin America, post-liberal politics.

¿Qué hace que un giro a la izquierda sea de izquierda?

Quiero comenzar constatando lo obvio: ha habido un giro a la izquierda en la política latinoamericana aunque sólo sea porque el paisaje actual está poblado por gente como Hugo Chávez, Evo Morales, Cristina Fernández de Kirchner, Tabaré Vázquez, Lula da Silva, Daniel Ortega, Rafael Correa, Fernando Lugo y Mauricio Funes en lugar de Alberto Fujimori, Carlos Menem, Carlos Andrés Pérez o Gonzalo Sánchez Lozada. También es un lugar común afirmar que el vocablo *izquierda* se ha vuelto ambiguo. Es cada vez más difícil entender lo que denota el término desde que el grueso de los partidos socialistas y las organizaciones de centro-izquierda comenzó a dejar de lado sus resistencias a la economía de mercado y a desechar paulatinamente el lenguaje de la lucha de clases, la liberación nacional, el internacionalismo, la soberanía westfaliana estricta y demás. La ironía es que ambas proposiciones son verdaderas, pero no pueden serlo simultáneamente sin forzar una contradicción performativa. Efectivamente, ¿cómo podemos hablar de un giro a la izquierda si no sabemos muy bien qué queremos decir cuando nos referimos a la izquierda?

Una manera de sortear esta dificultad es diciendo que se trata de algo que le preocupa más a los académicos que a los partidos y movimientos de izquierda. Estos últimos desarrollan sus actividades sin preocuparse mayormente por precisar el significado de la etiqueta de *izquierda*, especialmente porque la distinción izquierda-derecha ya no parece jugar un papel relevante en la configuración de las identidades políticas de los ciudadanos. Tal vez esto sea así, pero el mero hecho de que tantos profesionales de la política inviertan tiempo y esfuerzo para justificar sus credenciales progresistas y denunciar a la derecha sugiere que no son del todo insensibles a este problema. Además, puede que el término *izquierda* (o *derecha*) haya perdido mucho de su valor político entre los votantes, pero el hecho de que sigamos usándolo es de por sí significativo. Como decía Worsley acerca del populismo: "el hecho que haya sido usada *realmente* la palabra podría indicar que tras el humo verbal hay alguna fogata" (Worsley, 1970, p. 267).

Otra opción consiste en establecer el significado del término a partir de su fuerza evocativa. De hecho esta es una práctica habitual entre muchos académicos, periodistas y políticos cuando hablan del giro a la izquierda. Tildan de izquierdista a una serie de posturas, políticas públicas, gestos, patrones discursivos

y amistades que aparecen de manera recurrente en un grupo o en el quehacer de sus líderes visibles porque alguna vez fueron clasificadas como tales. Evocar esta suerte de jurisprudencia política facilita las cosas pero no resuelve el problema debido a que los referentes utilizados pueden ser equívocos. Por ejemplo, el antiimperialismo y la defensa inquebrantable de la soberanía y del principio de no intervención que dominaron el imaginario de las izquierdas hace algunas décadas se han vuelto discutibles. Solíamos asociar el antiimperialismo con la resistencia al intervencionismo estadounidense, ya sea como una defensa principista de las revoluciones cubana o nicaragüense o como una reivindicación del derecho a la autodeterminación de guatemaltecos y chilenos tras la elección de Jacobo Arbenz y Salvador Allende. Por antiimperialismo también se significaba una oposición al capitalismo debido a la caracterización leninista del imperialismo como fase superior del capitalismo. Pero como alega Claudio Lomnitz, los cambios en la posición de América Latina en la economía internacional han llevado hoy a concebir el "antiimperialismo menos como anticapitalismo que como una política de reconfiguración de bloques regionales" (Lomnitz, 2006). La idea de soberanía en su sentido westfaliano estricto también languidece. En parte ello se debe a que los procesos globales impiden que el Estado-nación sea el único – y a menudo ni siquiera el principal – lugar donde se toman las decisiones que afectan a un país. Esto se debe además a que la autodeterminación choca con otra idea reguladora que se incorporó al discurso de las izquierdas latinoamericanas después de la difícil década de 1970. Se trata del reconocimiento de que escudarse detrás del principio de no intervención puede ser poco más que una estratagema para justificar los peores excesos gubernamentales en materia de derechos humanos o de otro tipo.

Una tercera posibilidad es apelar a tipologías. Estas pueden ser útiles para clasificar los giros a la izquierda al proveernos de una imagen de pensamiento para reducir la complejidad y organizar el campo de la experiencia. Un ejemplo de una tipología afortunada es la distinción que propone Beck (1998, p. 27-31) entre globalismo, globalidad y globalización. Los describe como la ideología neoliberal que reduce la globalización a mercados libres y flujos financieros, la experiencia de vivir en un mundo donde el decline de los espacios cerrados ha estado ocurriendo desde hace tiempo y los procesos de interpenetración de los estados nacionales como resultado de la presencia de actores transnacionales y la condición supranacional de la política contemporánea, respectivamente. Esto nos permite entender por qué uno puede

reivindicar la dimensión política de la globalización y al mismo tiempo oponerse al globalismo. La distinción que propone Jorge Castañeda entre izquierda buena y mala ilustra una tipología más contenciosa. Define a la izquierda como "esa corriente de pensamiento, política y *policy* que coloca el mejoramiento social por encima de la ortodoxia macroeconómica, la distribución igualitaria de la riqueza por sobre su creación, la soberanía política por sobre la cooperación internacional, la democracia (al menos cuando está en la oposición, aunque no necesariamente una vez que llegan al poder) por sobre la efectividad gubernamental" (Castañeda, 2006, p. 32). El binarismo de esta definición prefigura a aquél que opera en su tipología. Castañeda contrasta a la izquierda buena, moderna, democrática, transparente, sensible y favorable al mercado – virtualmente un clon de la que gobierna en Chile – con la izquierda populista, autoritaria, corrupta, estatista y fiscalmente irresponsable de gente como Chávez, Morales, Andrés Manuel López Obrador, Ollanta Humala, Néstor Kirchner y ahora presumiblemente también su esposa, Cristina Fernández. La intención política de esta distinción normativa entre izquierda buena y mala es brindar un criterio para guiar la política exterior de los Estados Unidos y de gobiernos afines a ese país hacia las coaliciones de centro-izquierda en la región: eviten embarcarse en batallas que no valen la pena pelear, ofrezcan incentivos para aquellos que se acerquen a la izquierda buena y contengan a quienes se nieguen a abandonar la mala senda.

Para algunos puede ser útil modificar y mejorar la distinción de Castañeda, sea redefiniendo quién o qué cuenta como izquierda buena y mala o introduciendo una gama de grises entre una y otra para así extender el número de izquierdas a tres, cuatro o más. No me parece que esto sea particularmente útil dado que deja intacto el motivo de la distinción, a saber, el clasificar a los gobiernos de izquierda de acuerdo con su compromiso con la democracia electoral y una cierta sincronía con las imágenes de racionalidad y modernidad derivadas del consenso de Washington. Esto circunscribe a la izquierda dentro de una perspectiva liberal, lo cual no es nada despreciable excepto por el hecho de que hace superfluo el uso del calificativo de *izquierda*.

Un marco conceptual mínimo para especificar a la izquierda política

Como se puede apreciar, debemos especificar mínimamente qué se entiende por "izquierda" si hemos de discutir los giros a la izquierda. Para ello propongo criterios de razón teórica y de razón práctica. Los primeros nos brindan una red conceptual mínima para enmarcar el término. Diremos que la izquierda busca cambiar el status quo, impulsa la igualdad y la solidaridad y que el significado de éstos debe ser verificado a través de un desacuerdo. Esto último es particularmente importante pues permite desligar el término *izquierda* del contenido de tal o cual proyecto y/o representación del cambio, la igualdad y la solidaridad pues hace que el sentido de estos términos sea un efecto contingente de polémicas entre actores políticos. El segundo conjunto de criterios

se centra en la praxis de las agrupaciones de izquierda y constituye un suplemento de razón práctica. Se refiere a que la identidad de estas agrupaciones se va modificando de acuerdo con los aciertos y fracasos de sus proyectos, los distintos adversarios con los que deben enfrentarse y las representaciones que se hacen de sí mismas. Ahora hay que elaborar qué se entiende por todo esto.

Criterios de razón teórica

Comienzo con la red conceptual. Primero, lo que interesa para efectos de esta indagatoria es la izquierda política. Ella comprende a una serie de actores colectivos – sean partidos, movimientos o grupos de interés organizados – que se manifiestan en la esfera pública a través del discurso y la acción mancomunada con el propósito de cambiar el mundo independientemente de si están en el gobierno o en la oposición. Algunos querrán incluir entre estos actores a la izquierda académica de quienes se ganan la vida estudiando y enseñando los valores e ideas progresistas. Otros querrán agregar a la izquierda cultural compuesta por aquellos cuyo trabajo, identidad y estilo de vida se asocia con la izquierda debido a un gusto compartido por cierto tipo de música, literatura, cinematografía o prensa (Rabotnikof, 2004). Esto es comprensible dado que en América Latina las fronteras entre las distintas izquierdas son bastante permeables y además hay un tránsito fluido entre la academia, los medios de comunicación y la política. No es inusual que profesores, escritores y artistas se incorporen a movimientos políticos e intervengan en polémicas públicas en torno a problemas cotidianos. Pero debemos estipular una condición para poder incluirlas, a saber, que las izquierdas cultural y académica sólo adquieren un estatuto político cuando combinan su preferencia normativa por los valores y propuestas progresistas con una inversión existencial. Esto último se refiere a la disposición a asumir una postura pública en controversias y/o sumarse a los proyectos y actividades de algún grupo que busca cambiar el mundo.

El problema, claro, es que hay más de una manera de entender qué significa cambiar el mundo y cuán diferente debe ser ese otro mundo antes de que podamos llamarlo "otro". Lo único que sabemos es que quienes quieren cambiar el mundo están motivados por la creencia de que el actual es innecesaria e insosteniblemente injusto. Por eso debemos introducir un segundo criterio teórico, a saber, que la izquierda se define a sí misma como la portadora de valores que fueron las Cenicienta de la Revolución Francesa, a saber, la igualdad y la solidaridad (que hoy reemplaza al original masculinizado de *fraternidad*). Esto marca una diferencia de fondo con los liberales, cuya idea-fuerza es la libertad individual. El énfasis en este individualismo hizo que el liberalismo fuera relativamente indiferente a las desigualdades sistémicas provocadas por la acumulación capitalista y le llevó a aceptar que hay una disyuntiva o *trade-off* inevitable entre el individualismo del mercado y la solidaridad. La izquierda, en cambio, también concibe a la libertad como parte de su herencia pero cree que ella se vuelve precaria sin la igualdad. En esto la

izquierda se inspira en Rousseau, quien veía en la desigualdad las semillas de la dependencia y la subordinación que terminarían por convertir a la libertad en un cascarón vacío. Es por ello que la izquierda interpela a quienes movilizan el pensamiento crítico y se embarcan en la acción colectiva para traspasar los umbrales existentes de igualdad y solidaridad. Tiene una preferencia normativa por la justicia social y la discusión crítica de asuntos públicos. No es particularmente relevante si esta preferencia se canaliza a través del *mainstream* de la política liberal-democrática – partidos políticos, órganos legislativos y ramas ejecutivas de gobierno – o de otras instancias y lugares de intervención que van configurando un escenario político post-liberal (veremos esto en la sección final del artículo). Haciendo eco de Marx, diremos que todo esto transcurre en circunstancias que no son elegidas por la izquierda y con limitaciones impuestas por los recursos disponibles, las relaciones estratégicas con otros y un horizonte temporal dado.

No disponemos de un referente absoluto o de un tercero autorizado capaz de juzgar a ciencia cierta qué cuenta como igualdad, solidaridad o participación en debates críticos, para determinar cómo las distintas corrientes de izquierda han de concebir y combinar cada uno de estos elementos o para especificar cuánta tensión entre dichas concepciones y combinaciones puede ser tolerada. Todo lo que tenemos es una plétora de casos singulares. Es precisamente por eso que debemos introducir el tercer y último de los criterios de razón teórica. Es como sigue: la igualdad, la solidaridad y la participación son operadores de la diferencia que forman parte de la jurisprudencia cultural y afectiva de la izquierda pero carecen de existencia política relevante fuera de los esfuerzos por singularizarlas en casos mediante un desacuerdo o polémica. El desacuerdo busca establecer si – y hasta qué punto – estos operadores de la igualdad o de la solidaridad efectivamente hacen una diferencia o si sólo son señuelos utilizados por los aparatos políticos para aplacar a sus seguidores.

Quienes conocen el trabajo de Jacques Rancière notarán que estoy utilizando *desacuerdo* en el sentido que él le da a este término. Para Rancière un desacuerdo describe una situación de habla en la que uno de los interlocutores entiende y a la vez no entiende lo que dice el otro: no es el conflicto entre quien dice "blanco" y quien dice "negro" sino uno en el que ambos dicen "blanco" pero entienden de un modo diferente la blancura (Rancière, 1996, p. 8; también Rancière, 2004). Es por eso que el desacuerdo supone una polémica acerca de qué uno está hablando, un reconocimiento de que la verdad del asunto – de cualquier asunto – no puede ser establecida al margen de la argumentación y una aceptación de que lo único que tenemos a nuestra disposición para hacerlo es una serie de casos en los cuales ponemos a prueba la universalidad de principios o valores (para una discusión más detallada ver Arditi, 2007b, p. 111-118). Diremos además que un desacuerdo ocurre dentro de las coordenadas de un cierto horizonte de posibilidades, de fuerzas antagónicas y de proyectos y políticas alternativos a los nuestros. Es por ello que el desacuerdo o la polémica crean un escenario

de verificación continua que le imprime un carácter contingente al lugar de enunciación denominado "izquierda" y también a las identidades de quienes ocupan ese lugar. Por lo mismo, la lógica del desacuerdo pone en evidencia que no existe una izquierda unitaria y que cuando hablamos de una política de izquierda debemos tener presente que ella es en gran medida dependiente de su contexto de aparición.

Criterios de razón práctica

Ahora podemos ocuparnos de lo que describí como un suplemento de razón práctica. La izquierda latinoamericana – sea como concepto, identidad o conjunto de prácticas inventariadas bajo ese nombre – ha sido moldeada por tres factores interconectados. Uno es la experiencia histórica resultante de los aciertos y errores o de los éxitos y (principalmente) derrotas del último medio siglo. Otro es la relación estratégica con un afuera cambiante que establece el contexto para la acción y quienes han de ser considerados y tratados como enemigos. La figura del enemigo se ha transmutado de una época y contexto a otro. En un momento fue la oligarquía minera, ganadera y terrateniente, luego fue el imperialismo y los regímenes militares y, más recientemente, el neoliberalismo. El tercer factor se refiere a las representaciones de lo que es la izquierda tal y como ellas se plasman en manifiestos, panfletos, y escritos teóricos que intentan darle sentido a los otros dos factores y responder a las preguntas clásicas de quiénes somos y por qué luchamos.

Estos tres factores se entrelazan en el itinerario que ha llevado a la izquierda de la política insurreccional a la electoral y de los frentes populares a las coaliciones amplias. Si la década de 1960 fue la época de gloria en la que el entusiasmo generado por la Revolución Cubana y la experiencia guerrillera del Che Guevara en Bolivia auguraba un futuro socialista, la de 1970 y buena parte de la de 1980 fueron las décadas perdidas para la izquierda. Luego de un éxito inicial en Chile con la elección de Salvador Allende en 1970 la seguidilla de golpes de Estado y la subsecuente militarización de las respuestas del Estado a las protestas populares marcaron un período de derrota política, persecución, desmovilización y exilio.

El efecto inesperado de esta derrota es que hizo que un número apreciable de grupos políticos reconsiderara sus reservas acerca de la democracia electoral y ampliara sus destinatarios más allá de las clases populares. Este cambio cognitivo en la izquierda fue acompañado por esfuerzos para deshacerse de los gobiernos militares y construir o reconstruir regímenes democráticos. El nuevo enemigo ya no era tanto las clases dominantes o el imperialismo sino los gobernantes autoritarios, y el acuerdo tácito era que las relaciones de propiedad no serían tocadas en una transición. Esto explica por qué en esos años la agenda socialista de los grupos de izquierda fue minimizada o relegada a un futuro lejano. El caso es que la ola del cambio arrastró a la región hacia la democracia multipartidista. En parte esto es el fruto de los esfuerzos de coaliciones contrarias al autoritarismo, pero también

se debe a que ya para mediados de la década de 1980 los regímenes represivos enfrentaban un creciente aislamiento y oprobio: el anticomunismo estaba virtualmente en bancarrota como moneda ideológica para justificar la brutalidad de los gobiernos o para obtener apoyo de Estados Unidos y la aquiescencia de la comunidad internacional. La ola de transiciones se extiende desde la elección de Jaime Roldós en Ecuador en 1979 hasta la derrota del Partido Revolucionario Institucional en México en el 2000.

Sin embargo, la revolución conservadora desatada por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en la década de 1980 rebasó a la izquierda por el flanco económico con ideas y políticas que eventualmente se convertirían en el referente obligado de gobiernos y agencias multilaterales. Esto volvió a generar cambios. Ya para cuando el consenso de Washington se había convertido en la hoja de ruta informal para las reformas económicas – y expresiones como desregulación, liberalización y privatización de los mercados pasaban a ser las palabras de orden de los años 1980 y 1990 – el grueso de la izquierda parlamentaria había aceptando la necesidad de ajustar las políticas sociales a las exigencias de la estabilidad monetaria y la disciplina fiscal. La confianza en el Estado como guardián de la soberanía a través de su administración de recursos naturales, industrias y servicios fue socavada en la carrera por cortejar a la inversión extranjera directa y expandir el comercio internacional. El término 'neoliberalismo' funcionó como expresión taquigráfica del corpus de ideas detrás de estos cambios. Quizá la única excepción significativa en este imaginario de mercados y elecciones fue el surgimiento del EZLN en Chiapas, México, en 1994, el mismo día que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte o TLCAN entró en vigor. Los zapatistas promovieron cuatro temas que ahora son parte de la agenda política de la izquierda: la dignidad y empoderamiento de los indígenas, la crítica de las políticas neoliberales, la discusión de alternativas a la democracia electoral y el llamado volver a enarbolar las banderas del internacionalismo y la solidaridad a escala planetaria.

Pero las cosas tampoco salieron como las esperaban los propulsores de políticas neoliberales. Ya para mediados de la década de 1990 las certezas de la hoja de ruta trazada por el consenso de Washington estaban siendo reevaluadas a la luz de las promesas incumplidas en materia de empoderamiento y bienestar económico. Las agencias multilaterales que sistemáticamente desdeñaron o minimizaron las señales de que las cosas podrían estar yendo por mal camino comenzaron a aliviar la presión que ejercían sobre los gobiernos para que redujeran el endeudamiento público a cualquier costo. Los gobiernos de la región se enfrentaron con una mezcla desestabilizadora de crecimiento modesto con fuerte desigualdad y de política electoral con protestas sociales recurrentes. Como resultado, las agencias multilaterales y los gobiernos volvían a introducir la dimensión social en la matriz económica para evitar explosiones de descontento. En países como Ecuador, Guatemala, México y Perú las remesas enviadas por los migrantes que encontraron la forma de llegar a Estados Unidos o Europa para trabajar han sido clave para mantener a flote a sus economías. Pero en prácticamente todos los países – incluyendo

Chile, el ejemplo arquetípico de un crecimiento económico exitoso impulsado por el mercado – los excluidos han estado expresando su descontento e indignación en las urnas y en las calles. Como muestra podemos mencionar a los *piqueteros* y las víctimas de clase media del *corralito* en Argentina, los *cocaleros* en Bolivia, los *sem terra* en Brasil, estudiantes y mapuches en Chile y campesinos pauperizados en Paraguay. La caída del presidente Fernando de la Rúa de Argentina en diciembre de 2001 es el momento icónico de esta reacción violenta en contra de políticas y políticos asociados con el sufrimiento del pueblo. Es una reacción que se condensa en la consigna "Que se vayan todos, que no quede ni uno solo" coreada por quienes se convirtieron en los damnificados o efectos colaterales de las políticas inspiradas por el consenso de Washington. No es casual que la Latin American Studies Association (LASA) escogiera como tema marco de su congreso de 2007 "Qué viene después del consenso de Washington" y para el de 2009 "Repensando las desigualdades".

El "Que se vayan todos" fue significativo más allá del ámbito de la política Argentina. Allí las clases medias descontentas, los sindicalistas y el grueso de los piqueteros y asambleístas que habían pedido la cabeza de la clase política en 2001 comenzaron a plantear demandas al Estado y eventualmente optaron por participar en las elecciones generales de 2003. Una manera de explicar este viraje es diciendo que la consigna no reflejaba un rechazo de la representación política o una celebración de la multitud en acción. Era más bien un *j'accuse* colectivo dirigido a una clase política que fue incapaz de remediar la miseria resultante de las privatizaciones y políticas de ajuste de la década de 1990. Esta explicación es correcta pero también incompleta dado que pasa por alto que el "Que se vayan todos" también expresaba un entusiasmo por otra manera de hacer política. Muchos de quienes se congregaron en las protestas y asambleas barriales del 2001 estaban motivados por la creencia de que había algo que la representación tenía serios problemas y que valía la pena experimentar con alternativas como *cabildos abiertos*, éxodo, multitud, autogobierno, revocación de mandato y demás. Una experimentación similar se plasmó en la Guerra del Agua en Cochabamba, Bolivia, en 2000, en la resistencia de Atenco ante la construcción de un nuevo aeropuerto internacional en la Ciudad de México en 2002 y en la Guerra del Gas en Bolivia en 2002-2003. En todos estos casos la resistencia al neoliberalismo converge con los esfuerzos por ir más allá del marco liberal de la participación. "Que se vayan todos" funciona como indicador de esta convergencia, como un síntoma de la dimensión postliberal presente en el giro a la izquierda al igual que lo están las elecciones y la representación partidaria.

Las certezas del sentido común político y económico de las décadas de 1980 y 1990 también fueron minadas por la sordera del principal operador político en la región. El interés de Estados Unidos por América Latina prácticamente se esfumó después del septiembre de 2001 excepto en materia de comercio y asuntos considerados de seguridad nacional – como la inmigración y el tráfico de drogas – o durante los ocasionales ataques de pánico desatados por resultados electorales en

países como Bolivia y Venezuela. La "guerra" que emprendió Estados Unidos contra el terrorismo y su subsecuente invasión de Irak simplemente profundizó ese alejamiento, probablemente porque los neoconservadores que operaron como la fuerza ideológica de la administración de George Bush estaban más interesados en afirmar el poderío estadounidense moldeando al Medio Oriente que fortaleciendo las relaciones hemisféricas. Su presencia geopolítica y su poder de voto y de veto en el Fondo Monetario Internacional (FMI) le permitieron seguir jugando un rol importante en las grandes decisiones que afectan a la región. Pero sus años de relativo desinterés por América Latina tuvieron un costo. El fracaso de Estados Unidos para obtener apoyo para su candidato en la elección del secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 2005 es un ejemplo de esto. También se puede mencionar el creciente hastío con casi medio siglo de vigencia de la política fallida del bloqueo comercial a Cuba o la fuerte penetración comercial de China en la región. Las inversiones y los acuerdos comerciales de largo plazo que ese país ha concretado con Venezuela, Argentina y Brasil le han permitido ir adquiriendo influencia política en una región que Estados Unidos consideraba su zona natural de influencia (Romero y Barrionuevo, 2009, p. 1, 15).

Tomados en su conjunto, los fracasos de los gobiernos latinoamericanos para dar respuesta a las demandas de bienes simbólicos y especialmente materiales, el repliegue intelectual y político de la ortodoxia neoliberal y el vacío creado por la distancia tomada por Estados Unidos hacia la región fue creando un escenario propicio para el resurgimiento de la izquierda. En el lenguaje familiar de las series policiales, brindan un motivo y una oportunidad para su éxito. Esta izquierda vigorizada tiene tonalidades más diversas que las de sus predecesoras y es difícil entenderlas apelando a las categorías habituales de socialdemocracia y populismo. Pero al menos existe un cierto consenso en que el término *izquierda* hace referencia a acciones colectivas que buscan cambiar el estatus quo porque otro mundo menos opresivo y más justo e igualitario es visto como algo posible y necesario. Con base en esto podemos proceder a identificar las coordenadas que dan forma al grueso de las izquierdas latinoamericanas contemporáneas:

- Contrariamente a lo que se desprende de la retórica del peligro rojo que aparece hoy bajo la guisa de una crítica al populismo, estas izquierdas no están fascinadas por el libreto político marxista. Esto se debe en parte a los criterios de razón teórica y práctica antes mencionados: las izquierdas conciben a la igualdad, la solidaridad, el pensamiento crítico y el cuestionamiento del estatus quo como variables dependientes del contexto y no como un conjunto de consignas ideológicas.
- La mayoría de las izquierdas se han vuelto menos hostiles hacia la propiedad privada y el mercado y han llegado a aceptar la coexistencia con ellos, pero desafían a la ortodoxia que hace sólo una década era pregonada como encarnación de la racionalidad económica.

- En contraste con la ideología del Estado mínimo y el pretendido juego de suma cero entre un Estado grande, derrochador e incompetente y un sector privado eficiente y vital, la izquierda considera que el Estado sigue siendo la instancia decisiva para regular los mercados e implementar políticas de redistribución a pesar de que algunas de sus corrientes abogan por una política de éxodo del Estado.
- La izquierda desconfía de la ambición de Estados Unidos de imponer un orden unipolar en el mundo con él a la cabeza, lo cual es consistente con su herencia antiimperialista, pero no tiene reparos en negociar acuerdos comerciales con él y con cualquier otro país si éstos son ventajosos para sus respectivos pueblos.
- La democracia electoral multipartidista – el eje de la concepción liberal de la política – es un elemento constitutivo del imaginario de las izquierdas, pero también lo es la experimentación con formatos post-liberales de la participación política.

El giro a la izquierda con y sin el rasero electoral

Ya tenemos una idea de lo que entendemos por *izquierda*. El siguiente paso es examinar qué es lo que nos permite hablar de un *giro* a la izquierda en la política latinoamericana. Para ello propongo cuatro indicadores que miden el éxito (o no) de la izquierda: el desplazamiento de los mapas cognitivos, las victorias electorales, la dimensión performativa de la política y la codificación de un nuevo centro político. Veamos estos indicadores con algo más de detalle.

¿Alternativas al mercado? Las políticas llegan después de un cambio cognitivo

Si medimos el éxito de la izquierda en términos de su capacidad para generar alternativas a la gobernanza liberal y las políticas económicas centradas en el mercado los resultados son ambiguos salvo en Venezuela y, en menor medida, en Bolivia. Se trata de dos países que tienen la fortuna de contar con vastas reservas de petróleo y gas en una época en que los hidrocarburos alcanzaron un precio récord gracias a factores como la guerra en Irak y la demanda china de recursos energéticos para sustentar su extraordinario crecimiento económico en los años previos a la crisis financiera de 2008. Francisco Panizza menciona esta relativa ausencia de políticas públicas capaces de desmarcarse del mercado en una lúcida interpretación del resurgimiento de partidos de centro-izquierda en América Latina. Sostiene que es difícil afirmar que la izquierda haya logrado desarrollar alternativas al status quo más allá de su oposición a la ortodoxia neoliberal, pero también señala algo que retomaré más adelante, a saber, que

ella está contribuyendo a moldear la agenda emergente luego del consenso de Washington (Panizza, 2005, p. 718, 727-728, 730). Otros comentaristas comparten su postura. Claudio Lomnitz, por ejemplo, alega que "la nueva izquierda no es revolucionaria y anticapitalista sino más bien una defensora de la regulación. Ella seguirá apelando al desarrollismo si no hay esfuerzos concertados por promover modelos alternativos" (Lomnitz, 2006).

Esta dificultad es real pero no tiene por qué ser vista como señal de alarma puesto que las alternativas suelen llegar después de que un nuevo paradigma o imaginario colectivo se asienta en la esfera pública. La cosmovisión neoliberal impulsada por Thatcher y Reagan se nutría de ideas-fuerza que no pasaban de ser consignas. Las conocemos bien: hay que desconfiar de políticos que elevan el gasto público a costa del endeudamiento o del aumento de los impuestos, el Estado es un agente económico ineficiente, la competencia en el mercado mejora la calidad y reduce el precio de los servicios, las políticas de ajuste son duras pero inevitables, la derrama económica del crecimiento eventualmente propiciará mayor prosperidad para todos, y así por el estilo. La gente suele olvidar que sus políticas públicas fueron desarrolladas sobre la marcha después de que ambos políticos llegaron al gobierno. También se suele pasar por alto que ellas no siempre fueron consistentes o siquiera exitosas. Las muchas víctimas de las políticas de ajuste de las décadas de 1980 y 1990 siguen esperando la realización del tan pregonado efecto de goteo hacia abajo y los economistas han señalado que, a pesar de su insistencia en las virtudes de mantener el gasto público bajo control, durante la administración de Reagan Estados Unidos registró el mayor déficit público de su historia antes de que ese dudoso cetro le fuera arrebatado por George Bush, otro adalid del neoliberalismo.

Los giros con o sin éxitos electorales

Alternativamente, si medimos el éxito en términos de su capacidad para ganar elecciones, a la izquierda le fue muy bien en países como Chile, Bolivia, Ecuador, Paraguay, Uruguay, Venezuela, Nicaragua y ahora también El Salvador a pesar de las diferencias entre sus respectivas fuerzas políticas, políticas públicas y estilos de gobierno. Algunos incluirían a Argentina bajo los gobiernos de Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner en esta lista. También le fue bien en México y Perú, donde se ha posicionado como un actor político de peso – a menudo indispensable para obtener mayoría legislativa políticas públicas – a pesar de no haber logrado llegar al gobierno. Gobernar es un indicador fundamental del éxito de una fuerza política dado que abre un nuevo horizonte de posibilidades y provee importantes recursos a los titulares de las oficinas de gobierno. Es por ello que la izquierda deber abocarse a la tarea de ganar comicios.

Pero, ¿qué hay de aquellos lugares donde a la izquierda no le ha ido muy bien en términos de formar gobierno o de lograr tener presencia significativa en las legislaturas? ¿Deberíamos excluirlos del debate acerca del giro a la izquierda? El sentido

común dicta que la respuesta a estas preguntas debería ser que sí dado que las victorias electorales funcionan como el criterio predominante para juzgar estos giros. Coincido con esto, pero no del todo, pues el sentido común – que no es más que el lugar común convertido en juicio sensato y contundente – a menudo puede estar en lo cierto pero también puede ser una limitante para imaginar alternativas a lo dado. Debemos tratar de pensar fuera de los marcos establecidos y dejar de lado por un momento el criterio electoral mientras examinamos otros indicadores conceptuales y empíricos. Esto nos permitirá incluir experiencias que habitualmente no califican como indicadores de giros a la izquierda y nos brindará una imagen más compleja de dichos giros.

Antes de abordar esto quiero dejar en claro que no pretendo minimizar la importancia de las elecciones sino más bien llamar la atención al hecho de que ellas no son el único medio democrático para impulsar cambios. Hay – siempre ha habido – otras maneras de hacerlo. Ellas incluyen manifestaciones, plantones y bloqueos a las vialidades, y van de la desobediencia civil al derecho de rebelión teorizado por el muy liberal John Locke. Además, la capacidad para afectar el proceso de toma de decisiones e implementar acuerdos vinculantes no depende sólo de los resultados electorales. Gobernar empodera a quienquiera que ocupe posiciones en los ámbitos ejecutivos de un país, pero también es, o puede ser, una experiencia que demuestra los límites de esos ámbitos. Primero porque los gobiernos, a diferencia de las fuerzas de oposición, a menudo deben tomar decisiones impopulares o que no colman las expectativas de la ciudadanía. Esto los expone a un desgaste que se suele reflejar en la pérdida de apoyo popular. Y segundo, porque la conocida tesis de Michel Foucault nos recuerda que el poder no es una cosa que poseemos y que no hay un locus central desde el cual irradia sus efectos sobre nosotros: no tiene un espacio de aparición que le sea propio – un espacio que pueda reclamar para sí – porque es una relación estratégica que puede aparecer en cualquier parte. El empoderamiento que la izquierda adquiere al estar en función de gobierno estará expuesto a desafíos continuos en arenas electorales y de otro tipo. Sus adversarios intentarán poner límites a lo que ella puede hacer y muy probablemente le llevarán a modificar su agenda, algo que Chávez descubrió cuando sus reformas constitucionales fueron rechazadas en el referéndum de diciembre de 2007 (aunque logró aprobarlas más tarde en un nuevo referéndum en 2009). Como decía Nietzsche, la resistencia ya está presente en la obediencia porque uno nunca renuncia al poder individual, y por ello podemos tomar como regla que quienes pierden una contienda – sea una elección, una guerra, un debate público o cualquier otra – son derrotados pero no necesariamente desarmados. El gobernante Partido Acción Nacional (PAN) en México puede desestimar a Andrés Manuel López Obrador y al Partido de la Revolución Democrática (PRD) como perdedores después de su apretada y muy discutible victoria electoral de 2006, pero sabe muy bien que los derrotados no se han rendido y que la lucha continúa.

Dentro o fuera del gobierno: la dimensión performativa de los giros

Hay otro motivo por el cual debemos evitar la tentación de circunscribir los giros a la izquierda a victorias electorales. Tiene que ver con el impacto de la dimensión performativa de la política. Si bien en la teoría de los actos de habla los performativos son enunciados que implican la simultánea realización de una acción, como en los ejemplos clásicos de "prometo" o "juro" donde la acción de prometer o jurar son inseparables de la enunciación, en política los *performativos* se refieren a cambios que ya están empezando a ocurrir mientras la gente lucha por hacerlos realidad. No siempre se requiere esperar a que todos los que están en el poder se hayan ido – un gobernador, un administrador de nivel medio, un funcionario local particularmente desagradable – para verificar si la iniciativa política marca o no una diferencia. Hay una abundante literatura al respecto. Antonio Gramsci propuso una estrategia no leninista al sostener que una fuerza política no toma el poder sino que deviene Estado a través de guerras de posición. Esto suele ser interpretado como una manera de diferenciar el Este del Oeste pero es a la vez un argumento acerca del carácter performativo de la política: nos indica que los cambios ya están ocurriendo mucho antes de que el último político corrupto y burócrata mezquino se hayan ido. De un modo análogo Slavoj Žižek habla de "utopía escenificada" para indicar que la sombra del futuro ya está operando aquí y ahora porque "*ya comenzamos a ser libres al luchar por la libertad, ya comenzamos a ser felices mientras luchamos por la felicidad, sin importar cuán duras puedan ser las circunstancias*" (Žižek, 2002, p. 559, en itálicas en el original). Deleuze y Guattari (1988) lo plantean en términos de líneas de fuga o nomadismo. La emigración sería uno de los posibles significados de estos términos, pero los autores ven el nomadismo menos como un viaje o escape que como rechazo y resistencia a ser sobre-codificados, sea por parte del Estado, los códigos morales prevalecientes o la opinión pública. Michael Hardt y Antonio Negri (2002) al igual que Paolo Virno (2003) prefieren hablar de "éxodo" y lo conciben como parte de la política de la multitud en relación con el Estado.

La resistencia a los regímenes autoritarios en el Cono Sur en las décadas de 1970 y 1980 exhibe las características de la dimensión preformativa de la política. Nos muestra cómo el devenir Estado, devenir libre, nomadismo y éxodo ocurrían a medida en que la gente empezaba a desarrollar espacios, relaciones e identidades alternativas impulsando la formación de grupos políticos, sindicatos y federaciones estudiantiles independientes así como organizaciones no gubernamentales (ONG's). Algo análogo ocurría con la experimentación de lenguajes plásticos, canales de comunicación, literatura, teatro y música fuera de los cánones del régimen. Eran expresiones que se sustraían del mundo oficial y sobrevivían a pesar del hostigamiento de las autoridades, ubicándose a medio camino entre el status quo y algo diferente por venir. Tanto el gobierno como quienes participaban en estas experiencias veían a las mismas como lo que eran, desafíos

al orden existente. Estos desafíos comenzaban a cambiar el orden de las cosas al contrarrestar la percepción desmovilizadora de que toda oposición al régimen era fútil y al poner en evidencia que las autoridades no podían imponer sus decisiones a voluntad.

La gente que se sumaba a estas experiencias no era ajena al miedo pero tampoco se dejaba paralizar por él. Ejercían su libertad a pesar del Estado porque ya estaban actuando como ciudadanos incluso si la ciudadanía era una ficción legal allí donde el gobierno estaba ocupado por los Alfredo Stroessner, Augusto Pinochet, Humberto Castelo Branco, Jorge Videla o cualquiera de sus muchos epígonos civiles y militares. La ciudadanía era una práctica de liberación antes que la invocación de un estatus legal reconocido por el Estado. El objetivo, claro, era que la ciudadanía dejara de ser un riesgoso ejercicio de desafío y se convirtiera en un derecho estatutario. Se puede ver de inmediato que la libertad o la felicidad no eran percibidas como una recompensa que esperaban en un futuro post-dictadura: ya se comenzaba a experimentarlas en el tiempo presente a medida en que se luchaba por ellas. Esta dimensión performativa es menos heroica pero se halla igualmente presente en las democracias liberales. En palabras de Jean Grugel (2005, p. 1073), el impacto del activismo social o político "radica en la capacidad que tiene para introducir argumentos en la esfera pública, ensamblar coaliciones por los cambios, brindar recursos a otros grupos y generar conexiones dentro y fuera de la sociedad civil".

En suma, sea en escenarios represivos o en órdenes institucionales más abiertos, la izquierda puede ser exitosa en sus intentos por modificar políticas públicas, normas legales o partidas presupuestales, y por lo mismo, puede comenzar a gobernar – en el sentido foucaultiano de estructurar el posible campo de acción de otros (Foucault, 1988, p. 207-209) – sin ganar una elección porque la capacidad constituyente propia de la dimensión performativa de la política puede hacerse presente en todo el tiempo y en cualquier lugar.

La narrativa de izquierda como eje del nuevo centro político

Panizza nos ofrece una pista adicional para reforzar el argumento acerca de la cara performativa de la acción colectiva. Vimos que no está convencido de que la izquierda haya logrado desmarcarse del mercado mediante políticas públicas. Pero Panizza también señala que las ideas de la izquierda ya son parte integral de la agenda emergente luego del ocaso del consenso de Washington. Esto indica que en cierta medida la izquierda ha demostrado que es capaz de generar alternativas al neoliberalismo. Quiero llevar este argumento un paso más allá y proponer que su capacidad para moldear la agenda pública refleja un cambio importante. Esta vez no se trata del ya mencionado tránsito de la revolución a la democracia electoral sino del paso de una postura defensiva a una proactiva que busca configurar la ideología invisible que le da un aura de racionalidad al centro político. Víctor Armony lo plantea muy bien. Sostiene que "el descontento

con el status quo y el deseo de un cambio social se enmarcan en una narrativa que se presenta a sí misma como una alternativa a la narrativa de reformas orientadas hacia el mercado... [y que] hoy en día esa narrativa es la que define el centro ideológico en América Latina" (Armony, 2007, en itálicas en el original). Lo que está en juego en lo que propone este autor no es el desarrollo de una política centrista sino el surgimiento de un nuevo centro de referencia para la política latinoamericana y el papel protagónico que juega la izquierda en este proceso. Para Armony la izquierda ya es el nuevo centro.

Tomemos esta observación como punto de partida para ver cómo los giros a la izquierda van más allá de lo que sugiere el referente puramente electoral. En las décadas de 1980 y 1990 la derecha marcó la pauta de lo que contaba como centro político o, más precisamente, abogó por algunas de sus coordenadas, a saber, las reformas del mercado y del sector público. Subrayo esto porque a menudo olvidamos que los demás componentes – los derechos humanos, el pluralismo ideológico y la democracia multipartidista – pasaron a formar parte del centro a pesar de la derecha y no gracias a ella. Fueron fruto de los esfuerzos de todos aquellos que buscaron desmontar a los gobiernos autoritarios en una época en que la derecha apoyaba de manera entusiasta a la ideología anticomunista que sirvió inicialmente como coartada para reprimir a las fuerzas progresistas y luego para implementar una agenda neoliberal. El referéndum chileno de 1988 es un ejemplo de ello. Al votar por el "sí", la derecha abiertamente optaba por refrendar otros ocho años de Pinochet en el gobierno, con lo cual demostraba su inclinación por un proyecto autoritario con liberalización económica antes que por los derechos humanos, la democracia o la igualdad. Si el centro de referencia de los años post-dictadura es visto como una creación de la derecha se debe a que ella logró posicionar a la política bajo el manto de las reformas económicas y subsecuentemente capitalizó la percepción (errónea) de que disputar la centralidad del mercado equivalía a cuestionar a la democracia electoral.

El estándar actual de lo que cuenta como centro político es más claramente una creación de la izquierda. Por un lado está la dimensión político-cultural de dicho centro. En el grueso de los países de la región el escenario político y económico tradicionalmente dominado por varones blancos o mestizos con educación superior se ha ido poblando con mujeres, indígenas y jóvenes que no siempre provienen del mundo letrado. La izquierda ha impulsado sus causas mucho antes de que la derecha descubriera la diferencia de género y la diversidad étnica. También están referentes tales como el castigo a políticos corruptos, la politización de la exclusión cultural y étnica y la experimentación con nuevos canales de participación que profundizan el formato liberal de la política o que van más allá de él. Por otro lado el nuevo centro incluye coordenadas socioeconómicas. Entre ellas, el fortalecimiento del Estado para regular mercados y poner freno a los excesos de la privatización de empresas y servicios (particularmente en el caso de agua, energía y comunicaciones), el incremento del gasto social con fines redistributivos, la evaluación crítica y de ser necesario el rechazo de las directrices de políticas públicas del FMI que lesionan el interés nacional.

El informe Latinobarómetro de 2007 registra esta transformación del centro político, particularmente en lo que respecta a la relación entre Estado y mercado. A pesar de las marcadas diferencias entre los dieciocho países estudiados, en todos ellos la desigualdad y la discriminación han pasado a ocupar un lugar central en la agenda pública. La población encuestada expresa su desencanto con el mercado y cree que sólo el Estado puede dar soluciones duraderas a sus problemas. Sostiene que "El único consenso que se levanta en la región es el consenso sobre el Consenso de Washington, en el sentido que no sirvió para solucionar los problemas y que hay que buscar otras alternativas" (Latinobarómetro, 2007, p. 8-9; véase también el análisis de esto en Zovatto, 2007). El informe 2008 confirma esta tendencia al apuntar que quienes "ayer defendían la libre competencia hoy ejecutan la mayor de las intervenciones del estado en la historia económica contemporánea" y que en el caso específico de América Latina esto es aún más marcado (Latinobarómetro, 2008, p. 6). El pensamiento único de la narrativa neoliberal en materia económica – con su énfasis desmedido en la política monetaria, el mercado y la eliminación del déficit público – está siendo desplazado a medida en que se reivindica el Estado como instancia capaz de regular los mercados y se acepta que una política fiscal expansiva, incluso si esta genera déficit, es un mecanismo de corto plazo para impulsar el crecimiento y reducir las desigualdades. Al mismo tiempo ha habido una demanda por más democracia y no por el retorno del autoritarismo, aunque los piqueteros, las asambleas barriales y otras experiencias nos muestran que la democracia no siempre es entendida en su formato electoral. Esto no se debe sólo a su cara simbólica de participación sino también a su lado material de justicia social. Como señala Latinobarómetro, "hay amplia evidencia de que el significado de la democracia en América Latina tiene un componente económico que no tuvieron otras democracias en otras partes del mundo cuando surgieron" (Latinobarómetro, 2008, p. 7).

La conclusión que podemos extraer de todo esto es que en un escenario caracterizado por los nuevos referentes culturales y el repliegue de la ortodoxia del mercado la derecha se ve ahora obligada a acercarse a la narrativa de la izquierda para expandir su base social y electoral. Esta re-significación del centro político nos permite interpretar el giro a la izquierda en América Latina no sólo como consecuencia de victorias electorales sino también como la producción de un nuevo sentido común político e ideológico. Tal como el proyecto neoliberal de Thatcher y Reagan logró desencadenar un cambio cognitivo antes de que fuera capaz de formular políticas públicas concretas, la izquierda está logrando transformar las coordenadas de lo que es políticamente razonable y deseable y ahora debe usar su imaginación para capitalizar ese éxito desarrollando políticas e instituciones visionarias para enfrentar los desafíos y anhelos de los pueblos de la región. Los llamados giros a la izquierda pueden fracasar en su intento por mejorar la distribución de la riqueza y los privilegios en beneficio de los pobres y excluidos, pero incluso si ello ocurre, ya habrán logrado cuando menos dos cosas. Primero, haber vuelto a colocar la discusión de la igualdad, la redistribución y la inclusión en la

agenda política. Esto abre una oportunidad para impulsar una capacidad de invención política capaz de darle sustento a lo que la Comisión Económica para América Latina solía llamar "crecimiento económico con equidad". Y segundo, si tenemos razón en asociar estos giros con la fuerza generativa de la performatividad política dentro y fuera del gobierno y con la re-significación del centro político en vez de hacerles depender exclusivamente de las vicisitudes de procesos electorales y de la suerte de candidatos exitosos, entonces podemos suponer que sus efectos continuarán después que los Chávez, Morales, Correa, Fernández, Funes, Lula y otros hayan abandonado la escena política.

¿El post-liberalismo por venir como política de la izquierda?

Queda un último tema por tratar, el de la dimensión post-liberal de la política de izquierda. Podemos agrupar el grueso de la literatura reciente sobre la izquierda de acuerdo a si se centra en la política convencional (*mainstream*) o en la política alternativa. Quienes ponen el énfasis en la política convencional examinan la gobernanza y el quehacer de partidos y movimientos dado que les interesa la izquierda que opera en cuerpos ejecutivos y legislativos nacionales y locales. Por su parte, quienes buscan alternativas al status quo tienden a discutir iniciativas políticas no electorales y a concebir a la izquierda como una fuerza de oposición, resistencia y cambio. También difieren respecto a sus fuentes: nombres como Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter, Juan Linz, Alan Knight, Scott Mainwaring, Adam Przeworski y Manuel Antonio Garretón aparecen más a menudo en el primer grupo mientras que los de Antonio Gramsci, Antonio Negri, Paolo Virno, Gilles Deleuze, Ernesto Laclau, John Holloway y de autores provenientes de los estudios subalternos son más frecuentes en el segundo. Temas y fuentes utilizadas por uno y otro grupo rara vez se mezclan en la literatura, lo cual es una lástima porque hay tanto margen para la hibridación. El marco post-liberal de la política contempla posibilidades híbridas y de otro tipo.

Post-liberalismo: La historia política no tiene un cierre final

¿A qué nos referimos cuando hablamos de "post-liberalismo"? La ola actual de la política de izquierda todavía se inspira en el imaginario socialista, ya sea en sus orientaciones culturales, la preocupación por dar respuesta a demandas distributivas o la reivindicación general de la dignidad quienes han sido excluidos por ser pobres, indígenas o mujeres. Pero a diferencia de sus predecesores leninistas, esta izquierda tiende a exigir la igualdad sin necesariamente abolir el capitalismo, el comercio internacional o la ciudadanía liberal. Esto no quiere decir que se conforme con cambios cosméticos para disimular la miseria y frustración creadas por la imposición de políticas neoliberales en lugares donde no hay un campo de juego parejo para quienes

entran a competir en el mercado laboral. Significa más bien que no podemos tildar a la izquierda simplemente de antiliberal puesto que su relación con esa tradición tiene muchos más matices que en el pasado. Recordemos que ella no siempre rechaza al mercado como cuestión de principios y que las elecciones pueden haber perdido parte de su atractivo entre jóvenes y excluidos pero siguen siendo un componente significativo de su quehacer político. La herencia liberal en materias de derechos civiles y participación electoral debe ser defendida, pero no de la izquierda sino de sus enemigos autoritarios y elitistas. Digo esto a pesar de que ella también reconoce que la competencia partidista no está en su mejor momento y requiere reformas y que algunas izquierdas cuestionan la representación política en nombre de las singularidades de la multitud.

Todo esto hace que las izquierdas latinoamericanas sean hoy más post-liberales que antiliberales. El prefijo no anuncia el fin de la política liberal y su reemplazo por otra cosa pero es evidente que el "post-" también se remite a algo que no puede ser plenamente contenido dentro de la forma liberal. Si combinamos estas dos observaciones tenemos los elementos necesarios para especificar qué se entiende por post-liberalismo. En primer lugar, que hay fenómenos y demandas que ocurren en los bordes del liberalismo y su estatuto en relación con éste es difícil de precisar. La política supranacional, los usos y costumbres, los municipios autónomos, el presupuesto participativo y los reclamos por cambios radicales en los patrones de participación y redistribución son algunos ejemplos. Y en segundo lugar, indica que la democracia no se agota en su encarnación liberal. La relación entre elecciones y democracia se ha ido aflojando a medida en que los lugares y formatos del intercambio político democrático rebasan el marco de la representación territorial. C.B. Macpherson fue uno de los primeros en percibir el carácter histórico – y por ende contingente – de lo que conocemos como "democracia liberal". Nos recuerda que esta democracia adjetivada surgió con la extensión del sufragio en Estados liberales que no tenían nada de democráticos y que vino acompañada de una simultánea liberalización de la democracia dado que esta fue montada en la sociedad del mercado, de las opciones individuales (*choice*) y del gobierno representativo. Nació luego de muchas décadas de agitación y organización por parte de aquellos a los que les había sido negada una voz en los asuntos públicos (Macpherson, 1965, p. 6-11). Es por ello que la democracia liberal no es la expresión de una afinidad natural entre sus dos componentes sino el resultado contingente de luchas y de la buena o mala fortuna de distintos proyectos políticos. Es un gran logro pero no la encarnación de la democracia; si lo fuera, la capacidad de inventiva política de la izquierda quedaría reducida a un interminable proceso de retoque y mejoramiento del marco liberal heredado. La tesis acerca del post-liberalismo lleva el argumento de Macpherson más allá de donde éste lo dejó; nos propone una imagen de pensamiento de la política y la democracia por venir de la izquierda que incluye pero a la vez rebasa el marco electoral.

Describir el post-liberalismo como una política "por venir" no quiere decir que sea un ideal a la espera de ser concretado o

una política futura que todavía no está presente pero que a la larga lo estará. No se trata de esperar a Godot. Como en el caso de la utopía escenificada de Žižek que usé para ilustrar la dimensión performativa de la política, el "por venir" del post-liberalismo se refiere a algo que ya está sucediendo: es una invitación a participar en un futuro que ha comenzado a ocurrir. Usando de manera libre la noción de dispositivo de Foucault (*dispositif*), que para Deleuze consta de dos elementos, el archivo y el diagnóstico, diremos que en el dispositivo llamado "giro a la izquierda" el liberalismo es lo que somos pero también lo que gradualmente estamos dejando de ser mientras que el post-liberalismo es un síntoma de lo que estamos en proceso de convertirnos, un indicador de nuestro devenir-otro (Arditi, 2005, 2007a). En lo que sigue describo brevemente algunos aspectos de este devenir-otro post-liberal.

Política electoral y supranacional y el empoderamiento a través de la ciudadanía social

El locus clásico de la ciudadanía democrática en el pensamiento liberal se caracteriza por tres rasgos básicos: el reconocimiento de las personas como iguales en la esfera pública, la naturaleza voluntaria de la participación y la demanda política de empoderamiento ciudadano entendida como un derecho a participar en la selección de las autoridades públicas dentro de las fronteras territoriales del Estado-nación. El post-liberalismo desafía esto de distintas maneras.

Una de ellas tiene que ver con la modificación de algunas coordenadas de la participación electoral. Schmitter propone una serie de reformas que sirven como pinceladas de lo que sería una democracia post-liberal. Entre ellas, ofrecer un pequeño pago por votar, algo que va en contra del carácter voluntario de la participación. No debemos confundir una recompensa por votar con la compra de votos. Lo que se pretende con ella es aumentar la tasa de participación electoral y a la vez introducir un mínimo de igualdad de oportunidades – asunto central para la izquierda – al compensar a los más pobres por los gastos personales en los que incurren para poder participar en comicios (Schmitter, 2005, p. 257). El autor también propone una representación recíproca en el caso de países con altos niveles de intercambio comercial y flujos migratorio. Cada uno elegiría dos o tres representantes con plenos derechos en la cámara alta del otro para promover proyectos de legislación e introducir asuntos de interés para su país de origen en la agenda política del otro (p. 258). Schmitter también sugiere un mecanismo ingenioso para asignar financiamiento público a los partidos políticos. Aparte de seguir el criterio habitual para estos menesteres – un monto dependiente de la votación y el número de cargos de representación popular obtenidos en los comicios anteriores – los ciudadanos tendrían un pagaré que ellos mismos asignarían al partido de su preferencia. Si no están satisfechos con las opciones disponibles, sus pagarés se destinarían a un fondo común para financiar la creación de nuevos partidos (Schmitter, 2005, p. 259). Estas tres propuestas son factibles sin incrementar

necesariamente el monto del financiamiento público actualmente destinado a los partidos.

Otro desafío al liberalismo es la expansión y legitimación de la política fuera del espacio físico del Estado-nación impulsada por actores que se ubican por debajo del nivel gubernamental. La literatura sobre esto es abundante. Gente como Richard Falk, Robert Keohane, Stephen Krasner, R.B.J. Walker y otros hablan de las dificultades para mantener la soberanía westfaliana mientras que Ulrich Beck, David Held y Andrew Linklater han impulsado la tesis de la democracia y la ciudadanía *cosmopolitas* como marco teórico para pensar la política supranacional. De momento este "cosmopolitanismo" no consiste en un conjunto de instituciones realmente existentes sino que describe prácticas informales que sirven de antecedentes para un proyecto de reforma política. No hay una instancia reconocida para validar los derechos ciudadanos fuera del Estado, por lo cual la variante cosmopolita de la ciudadanía se encuentra en un limbo legal y político parecido al del derecho a tener derechos al margen de la membresía a un Estado que propuso Hannah Arendt hace más de medio siglo. Pero ya hay un ejercicio ad hoc de la política supranacional por parte de actores no gubernamentales que no esperan a que los gobiernos les autoricen o concedan derechos para actuar fuera del territorio de sus respectivos estados-nación. Sus iniciativas tienen una dimensión performativa análoga a la que identificamos en las resistencias a los regímenes autoritarios del Cono Sur: ya han comenzado a transformar la idea de ciudadanía al embarcarse en intercambios políticos transfronterizos. Hay abundantes ejemplos de esto – las redes de defensa internacional en América Latina estudiadas por Margaret Keck y Kathryn Sikkink (2000), iniciativas de comercio justo que buscan introducir un mínimo de igualdad en el comercio norte-sur, el activismo de quienes se sienten cercanos al espíritu del Foro Social Mundial y las protestas contra la Organización Mundial de Comercio como las ocurridas en Seattle y Cancún. El cosmopolitanismo de estas iniciativas es congruente con el internacionalismo de la izquierda y reverbera en el lema de la solidaridad – ahora transfronteriza – heredado de la Revolución Francesa.

Un tercer aspecto del post-liberalismo tiene que ver con acciones, demandas y propuestas de empoderamiento social. Los ejemplos que vienen a la mente aquí son experiencias como la Guerra del Agua en Cochabamba en el año 2000, el movimiento de *fábricas recuperadas* en Argentina, las iniciativas de ONG's y organizaciones sociales que buscan modificar la agenda y el debate acerca de las políticas públicas para desarrollar un MERCOSUR Solidario o las propuestas para un *presupuesto participativo* en ciudades desde Porto Alegre hasta Rosario y Buenos Aires, por mencionar sólo algunas. Al igual que en el caso de la consigna "Que se vayan todos", el común denominador de todos ellos es la oposición al neoliberalismo y la búsqueda de canales de participación por fuera de los que ofrece el liberalismo. La ciudadanía social es uno de ellos. No me refiero a ella en el sentido socialista clásico del autogobierno de los productores o como los derechos de tercera generación que proponía T.H. Marshall – a la salud, la educación o la vivienda – y que son prácticamente

inoperantes a pesar de haber sido entronizados en la mayoría de los textos constitucionales en América Latina. La ciudadanía social se refiere más bien a la manifestación de la voluntad popular – un empoderamiento en términos de voz y capacidad de decisión – en la asignación de recursos públicos en vez de la selección de las autoridades. Constituye un modo de ser político y democrático al margen de la ciudadanía electoral. La relación entre ambas ciudadanía no implica un maniqueísmo de lo uno o lo otro dado que la social es un suplemento de la electoral. Claus Offe y Schmitter hablan de "ciudadanía secundaria" o "segundo circuito de la política" para referirse a este tipo de empoderamiento y lo asocian con el quehacer de los grupos de interés organizados (Offe, 1984; Schmitter, 2005). Estos grupos eluden la representación electoral pero no pueden ser reducidos a una representación funcional o una corporativa (ver Schmitter, 2005; Arditi, 2005, 2007a).

Política híbrida: multitud, ciudadanos, Estado

Un último aspecto de la política post-liberal se refiere a intervenciones que no tienen al Estado o el sistema político como sus objetivos primarios. La política fuera del *mainstream* electoral no es algo nuevo. No me refiero a los ejemplos obvios de insurgencias armadas o experiencias de partidos y movimientos extraparlamentarios sino de la sociedad civil – a menudo un nombre erróneo – como ámbito de agencia e intervención política. O'Donnell *et al.* (1986) describen su historia reciente en el tomo de conclusiones de *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Hablan de una "resurrección de la sociedad civil" como resultado de las movilizaciones llevadas a cabo por movimientos y organizaciones sociales (O'Donnell *et al.*, 1986, p. 26-30). Puede que estas movilizaciones no basten para precipitar un cambio de régimen, y los autores parecen pensar que así suele ser, pero su importancia radica en que ellas contribuyen a expandir las libertades y legitimar a grupos independientes. Las acciones de estos colectivos no partidistas nos dicen que la política – en el sentido que Carl Schmitt le da a ese término, el de la capacidad que tiene una agrupación para distinguir amigos de enemigos y su disposición a enfrentar a estos últimos – va más allá de los sitios y actores designados por la tradición liberal aunque sólo sea porque en los órdenes autoritarios a menudo hay sistemas electorales y de partidos que no funcionen como tales.

Para O'Donnell y sus colegas el apogeo de lo social es un estado de cosas temporal porque los partidos vuelven a asumir un papel protagónico tan pronto como hay una oportunidad para su retorno a la escena pública. Pero estos eventos dejan huellas – un palimpsesto de memorias, inscripciones y experiencias – de la robustez de pulsiones políticas que se manifiestan fuera del terreno de la representación territorial. Y no se desvanecen respetuosamente con la llegada de las maquinarias electorales de los partidos y su pretensión de ser los verdaderos conocedores de cómo funcionan la política y el Estado. Todo lo contrario: los

actores extra-partidistas han pasado a ser parte un componente habitual de la política gracias a la terca presencia de movimientos e iniciativas urbanas, campesinas, indígenas y de otro tipo en la esfera pública, lo cual demuestra que lo que la literatura acerca de las transiciones llama "resurrección" de la sociedad civil es mucho más que un simple interregno entre un régimen autoritario y uno democrático. Como señala Latinobarómetro (2008, p. 75, 77), hoy "América Latina está movilizada como nunca antes. La movilización, sin embargo, es no convencional, y no sigue los canales regulares de participación establecidos en la sociedad... La participación no se da en los partidos, ni en reclamos institucionales, ni en formación de asociaciones, que han sido los tipos tradicionales de participación de otras sociedades en otros momentos del tiempo" (Latinobarómetro, 2008, p. 75, 77). No es que haya desaparecido la participación en procesos electorales sino que las movilizaciones se están dando, afirma el informe, de manera creciente por fuera de este tipo de canal. Esto constituye un recordatorio más de que la pretensión de equiparar a la política electoral con la política en cuanto tal es simplemente errónea incluso si uno desconfía – como efectivamente creo que debemos desconfiar – de las narrativas embellecidas de activistas que piensan que la política que se hace por fuera del *mainstream* es inherentemente más cercana al espíritu democrático.

Veamos algo más acerca de una política extra-electoral que incluye pero también rebasa los momentos de transición. Carlo Donolo (1982) se refiere a ella como política homeopática – aquella en la que lo social es "curado" por lo social – y la contrasta con la política alópata habitual en la que las demandas hechas por la sociedad son procesadas por una instancia formalmente externa a ella – el sistema político – y tratadas mediante legislación o políticas públicas. La política homeopática tiene un parecido de familia con el éxodo y la política de la multitud. También hay diferencias: quienes abogan por la multitud creen en la necesidad de desarrollar opciones estratégicas por fuera del Estado porque éste y la representación son contrarios a la singularidad de la multitud – o pueblo o multitud, dice Virno (2003, p. 23). En un libro cuyo título es claramente contrario al espíritu del leninismo – *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (2002) – Holloway retrata muy bien el descontento de algunas izquierdas con el Estado y la política convencional. Su referente es el zapatismo; ofrece una crítica del "poder-sobre" propio de la representación debido a que esto lleva a la dominación y propone su reemplazo por el "poder-para" que caracteriza al autonomismo. Jon Beasley-Murray aborda ese descontento desde la perspectiva de la multitud. Ve el Caracazo de 1989 en Venezuela como la primera insurgencia post-neoliberal y como el verdadero gesto inaugural de los giros a la izquierda en América Latina. Para él fue una forma de acción política "violenta, desorganizada y radical" que "marca un exceso que aún no ha podido ser expurgado de la escena político latinoamericana... [el Caracazo] fue una demostración de la bancarrota del *Punto fijo* y del fracaso del consenso social demócrata de posguerra en Venezuela, uno basado en la confluencia ente un contrato liberal y la subalternización radical" (Beasley-Murray, 2007; ver también Hernández, 2004). Insurgencias como estas, agrega,

son manifestaciones del poder constituyente, de un poder para refundar que pone en descrédito a la representación.

Holloway y Beasley tienen razón en reivindicar vías no electorales para transformar lo dado. Las estrategias del "poder para" y el éxodo de la multitud apuntan a modos de actuar consistentes con la dimensión performativa de la política. Ambos coinciden en que es posible cambiar lo dado sin tomar el poder del Estado y sin pasar por instancias propias de la representación política. Esto es importante para contrarrestar el sentimiento de impotencia entre quienes tienen una pasión e interés por la cosa pública pero desconfían de las jerarquías, la corrupción y la pulsión homogeneizadora – sean reales o percibidas – de los partidos y otras organizaciones. Su condición formal de ciudadanos se desvirtúa debido a la ausencia de canales de participación efectiva que les expone a la condición de ser poco menos que parias en sus propias sociedades. Para ellos las vías no electorales y no estatales se vuelven atractivas y a menudo terminan siendo las únicas opciones de que disponen para intentar cambiar el status quo.

Simpatizo con este tipo de interpretación pero también tengo algunas reservas. Hay que preguntarse hasta qué punto es posible generalizar la experiencia zapatista que Holloway toma como paradigma político y hasta dónde es factible implementar políticas de redistribución si se rechaza a los partidos políticos y al Estado (o lo que llama "poder sobre"). También hay que ver si Beasley-Murray no exagera un poco la novedad y el impacto del Caracazo y otras insurgencias como el levantamiento zapatista, las movilizaciones en Argentina en 2001 y las protestas en torno al gas en Bolivia. La relación compleja que éstas mantienen con el pasado abre interrogantes acerca de cuán novedosas son. El propio autor parece reconocerlo cuando dice que estas insurgencias "se han basado en – y aprendiendo de – los movimientos que les precedieron" (Beasley-Murray, 2007). Sea por los vínculos con el pasado o por su contaminación con otros modos de acción colectiva, la multitud es siempre un híbrido como también lo es, claro está, cualquier otra forma política, incluyendo el liberalismo. Un indicio del carácter híbrido de estas insurgencias es el giro dado por muchas asambleas barriales y grupos de piqueteros que irrumpieron en la escena política argentina a partir de 1997-1998 y fueron protagonistas de los sucesos de diciembre de 2001. Para algunos observadores sus acciones coincidían con lo que sería una política de la multitud: cuando coreaban la consigna "Que se vayan todos" estaban afirmando una estrategia de éxodo de la representación. Pero ya vimos que el grueso de los piqueteros y participantes en las fábricas recuperadas terminó formulando demandas al Estado y en las elecciones generales de 2003 fueron a las urnas para apoyar a Néstor Kirchner y en 2007 votaron por Cristina Fernández. El hecho de que la crítica de la representación cohabitara con acciones electorales y partidistas confirma el carácter híbrido de la práctica política de estas insurgencias.

Además está la cuestión del Estado. Es cierto que en América Latina el Estado suele ser demasiado grande y a la vez mucho más débil de lo que queríamos que fuera. Los recursos de que dispone son usualmente modestos y tiene una capacidad limitada para ejecutar sus decisiones, más aún en un mundo de

interdependencia compleja donde hay tantas variables que se sustraen de su voluntad y del alcance de las políticas formuladas por actores domésticos. Esto impone restricciones importantes a lo que la izquierda o cualquier otra fuerza política puede lograr simplemente accediendo al poder del Estado. Pero éste cuenta a pesar de todo, y cuenta mucho. No me refiero a sus funciones policiales y migratorias sino a su papel como instancia de regulación y de redistribución de la riqueza. La necesidad de contar con una instancia coactiva parece insalvable, aunque sólo sea porque el pago de impuestos progresivos no es voluntario y los acuerdos vinculantes no siempre funcionan en base a la buena fe. El Estado tiene ventajas comparativas en relación con otras instancias societales en asuntos tales como la recaudación de impuestos, la contratación de créditos o la emisión y validación de medios de pago. Sin él es poco probable que uno pueda impulsar iniciativas como el Impuesto Tobin, diseñado para castigar la especulación financiera, generar fuentes de ingreso alternativas para proyectos de desarrollo y proteger a los mercados financieros domésticos de los efectos desestabilizadores de la fuga de capitales. Tampoco sería fácil frenar la carrera por firmar tratados comerciales bilaterales y buscar acuerdos regionales para negociar mejores tratados. Y ni qué decir de las perspectivas de separar los derechos de propiedad de los acuerdos comerciales y rechazar los *Agreements on Trade-Related Aspects of Intellectual Property Rights* (más conocidos como TRIPS) cuando estos incluyen cláusulas que obligan a pagar derechos de propiedad por medicamentos que son cruciales para la salud pública. El Estado está mejor equipado que otras instancias para manejar ese tipo de asuntos.

Žižek destaca esta importancia del Estado en una serie de observaciones mordaces acerca de intelectuales que se muestran renuentes a "tomar el poder del Estado" y proponen una estrategia de repliegue hacia lo social para crear espacios que se sustraen del control estatal. Dice: "¿Qué le deberíamos decir a alguien como Chávez? 'No, no tome el poder del Estado, confórmese con replegarse, deje al Estado y a la situación actual tal como está?'" (Žižek, 2007). Todo lo contrario. Alega que debemos usar el Estado para promover una agenda progresista e impulsar nuevas formas de hacer política. Y tiene razón, aunque su descalificación de las alternativas no estatales es miope e injusta pues se sustenta en un maniqueísmo de lo uno o lo otro. Como he insistido a lo largo del artículo, las pulsiones que se agitan por fuera del ámbito estatal también brindan opciones para transformar lo dado.

Para decirlo de una buena vez, la política post-liberal de izquierda no considera que la contaminación entre multitud y representación sea algo problemático. Si lo hiciera estaría arrojando por la borda el supuesto de que toda forma política es un híbrido. Además, no podemos olvidar que la multitud contemporánea difiere de su antecesora del siglo XVII en un aspecto crucial: ha dejado de ser una experiencia de resistencia al proyecto centralizador de los nacientes estados nacionales dado que surge en el marco de aparatos estatales ya existentes. Dicho de otro modo, a diferencia de la multitud teorizada por Spinoza, la actual ya nace con las huellas del Estado y por consiguiente una

estrategia que pretendiera establecer un juego de suma cero entre multitud y Estado sería simplista y equivocada. Beasley-Murray reconoce esto indirectamente cuando describe las insurgencias sociales como precedente directo de los giros a la izquierda en América Latina. El Caracazo, dice, es el punto de partida de un nuevo tipo de insurgencias "directamente relacionadas con el vehículo electoral que vino después, pero invariablemente autónomas y no reducibles a dicho vehículo" (Beasley-Murray, 2007). Interpreto esto no simplemente como una constatación de la discontinuidad existente entre una causa originaria y las consecuencias de sus acciones sino más bien como una manera de explicar la manifestación y la permanencia de la causa en sus efectos. Si estas insurgencias pueden resguardar su autonomía mientras se relacionan de distintas maneras con la representación y, además, como hemos visto, si esa relación ha incidido al menos parcialmente sobre los giros a la izquierda, entonces no podemos afirmar que la novedad y especificidad de la política insurgente requiere de una supuesta exterioridad con el Estado, los partidos y las elecciones. La experiencia reciente nos muestra que se contaminan entre sí a pesar de seguir caminos diferentes. Los antecedentes teóricos también. Hay un gran entusiasmo por la idea de rizomas entre los defensores de la multitud, pero a menudo se olvidan de algo que Deleuze y Guattari decían acerca de la relación entre formas arborescentes y rizomáticas: hay rizomas con regiones arborescentes y sistemas arborescentes que engendran rizomas en su seno. *Mutatis mutandis*, diremos que la pretendida pureza de la multitud o de la representación es un mal mito pues ellas se contaminan mutuamente y engendran una variedad de formas híbridas.

Creo que veremos muchas más de estas construcciones híbridas a medida en que la izquierda vaya adoptando una política post-liberal de manera más decisiva. La experimentación es continua y tiene un lado potencialmente riesgoso relacionado con la violencia. A muchos en la izquierda les incomoda la violencia política y prefieren distanciarse de ella – especialmente cuando no la pueden controlar – a pesar de que reconocen que es un efecto colateral de la acción transformadora. Los medios de comunicación y los comentaristas conservadores se aferran a los casos ocasionales de violencia y los citan como prueba de que la protesta radical tiene un carácter destructivo. Los ejemplos habituales son los mítines en que los que los Círculos Bolivarianos movilizan a los habitantes de los barrios de Caracas en contra de sus adversarios, el corte de carreteras por parte de piqueteros en Argentina, el secuestro de autoridades locales por la gente de Atenco en México y así por el estilo. Para estos críticos la violencia parece ser algo completamente ajeno al liberalismo, contraria al imperio de la ley y a la naturaleza procedimental del funcionamiento de un Estado liberal.

Esto no es del todo cierto. No me refiero sólo a la amnesia selectiva de quienes pasan por alto que la violencia ha sido practicada primordialmente por aquellos que quieren mantener un status quo excluyente, a menudo con ribetes racistas e insensible al sufrimiento de los de abajo. Se trata más bien de que la violencia es constitutiva de todo orden, incluso el jurídico. Jacques Derrida

(1997, p. 15 y ss.) lo plantea muy bien al decir que si la ley debe ser aplicada (*enforced*, aplicada mediante el uso de la fuerza) es evidente que la fuerza es constitutiva del derecho y no un simple accidente que le puede o no ocurrir. Se podrá alegar que la violencia legítima ejercida por el Estado es aceptable pero que la violencia subversiva no lo es. Si bien este argumento tiene sus méritos, hay sociedades muy liberales que celebran con orgullo los actos de violencia que contribuyeron a convertirlas en lo que son. Por ejemplo, decir que la Fiesta del Té de Boston (Boston Tea Party) fue una fiesta es una desfachatez o un intento de dignificar las acciones violentas del grupo de colonos disfrazados de indígenas que en 1773 se congregó en la bahía de Boston con el propósito de destruir propiedad privada por motivos políticos. Si los críticos de la violencia fueran consistentes deberían describir el asalto y destrucción de un restaurante McDonald's en Francia por parte de José Bové y la Confédération Paysanne como la Fiesta de las Hamburguesas de Millau en vez de presentar este hecho como prueba de que los críticos de la globalización carecen de propuestas y que lo único que saben hacer es apelar a la destrucción gratuita de la propiedad. Reconozcamos entonces que la violencia por sí misma no es algo encomiable pero también que la fuerza y la violencia son parte de la política y que por lo mismo no debe sorprendernos que hagan una aparición esporádica en los giros a la izquierda.

Referencias

- ARDITI, B. 2005. El devenir-otro de la política: Un archipiélago post-liberal. In: B. ARDITI (ed.), *¿Democracia postliberal? El espacio político de las asociaciones*. Barcelona, Anthropos, p. 219-248.
- ARDITI, B. 2007a. Ciudadanía de geometría variable y empoderamiento social: Una propuesta. In: F. CALDERÓN (ed.), *Ciudadanía y desarrollo humano*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno/PNUD, p. 123-148.
- ARDITI, B. 2007b. *Politics on the Edges of Liberalism: Difference, Populism, Revolution, Agitation*. Edimburgo, Edinburgh University Press, 166 p.
- ARMONY, V. 2007. The 'Civic Left' and the Demand for Social Citizenship. Disponible en: http://weblogs.elearning.ubc.ca/leftturns/Microsoft%20Word%20-%20Victor_Armony_Paper.pdf, acceso en: 15/06/2007.
- BEASLEY-MURRAY, J. 2007. Insurgent Movements. Disponible en: http://weblogs.elearning.ubc.ca/leftturns/2007/05/insurgent_movements.php, acceso en: 12/06/2007.
- BECK, U. 1998. *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona, Paidós, 224 p.
- CASTAÑEDA, J. 2006. Latin America's Left Turn. *Foreign Affairs*, 85(3):28-43.
- DELEUZE, G.; GUATTARI, F. 1988. *Mil mesetas*. Valencia, Pre-Textos, 528 p.
- DERRIDA, J. 1997. *Fuerza de ley: El "fundamento místico de la autoridad"*. Madrid, Tecnos, 151 p.
- DONOLO, C. 1982. Sociale. *Laboratorio Político*, 2:3-120.
- FOUCAULT, M. 1988. El sujeto y el poder. In: H. DREYFUS; P. RABINOW, *Michel Foucault: Más allá de la hermenéutica y el estructuralismo*. México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, p. 227-244.
- GRUGEL, J. 2005. Citizenship and Governance in Mercosur: Arguments for a Social Agenda. *Third World Quarterly*, 26(7):1061-1076.
- HARDT, M.; NEGRI, A. 2002. *Imperio*. Buenos Aires, Paidós, 432 p.
- HERNÁNDEZ, J.A. 2004. Against the Comedy of Civil Society: Posthegemony, Media and the 2002 Coup d'état in Venezuela. *Journal of Latin American Cultural Studies*, 13(1):137-145.

- HOLLOWAY, J. 2002. *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Buenos Aires, Editorial Herramienta y Universidad Autónoma de Puebla, 319 p.
- KECK, M.E.; SIKKINK, K. 2000. *Activistas sin fronteras. Redes de defensa en política internacional*. México, Siglo XXI, 302 p.
- LATINOBARÓMETRO. 2007. Informe Latinobarómetro 2007. Disponible en: <http://www.latinobarometro.org>, acceso en: 22/12/2007.
- LATINOBARÓMETRO. 2008. Informe Latinobarómetro 2008. Disponible en: www.latinobarometro.org/docs/INFORME_LATINOBAROMETRO_2008.pdf, acceso en: 08/01/2009.
- LOMNITZ, C. 2006. Latin America's Rebellion: Will the New Left Set a New Agenda? *Boston Review*, septiembre-octubre. Disponible en: <http://bostonreview.net/BR31.5/lomnitz.php>, acceso en: 11/05/2007.
- MACPHERSON, C.B. 1965. *The Real World of Democracy*. Toronto, Canadian Broadcasting Corporation, 67 p.
- OFFE, C. 1984. *Contradictions of the Welfare State*. Londres, Hutchison, 310 p.
- O'DONNELL, G.; SCHMITTER, P.C.; WHITEHEAD, L. 1986. *Transitions from Authoritarian Rule: Tentative Conclusions about Uncertain Democracies*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 81 p.
- PANIZZA, F. 2005. Unarmed utopia revisited: the resurgence of Left-of-centre politics in Latin America. *Political Studies*, 53(4):716-737.
- RABOTNIKOF, N. 2004. Izquierda y derecha: Visiones del mundo, opciones de gobierno e identidades políticas. In: N.G. CANCLINI (ed.), *Reabrir espacios públicos*. México, Plaza y Valdés, p. 268-307.
- RANCIÈRE, J. 1996. *El desacuerdo: Política y filosofía*. Buenos Aires, Nueva Visión, 175 p.
- RANCIÈRE, J. 2004. Introducing disagreement. *Angelaki*, 9(3):3-9.
- ROMERO, S.; BARRIONUEVO, A. 2009. With cash, China forges ties to Latin America. *International Herald Tribune*, 17 de abr.
- SCHMITTER, P. 2005. Un posible esbozo de una democracia 'post-liberal'. In: B. ARDITI (ed.), *¿Democracia post-liberal? El espacio político de las asociaciones*. Barcelona, Anthopos, p. 249-263.
- VIRNO, P. 2003. *Gramática de la multitud*. Madrid, Traficantes de Sueños, 141 p.
- WORSLEY, P. 1970. El concepto de populismo. In: G. IONESCU; E. GELLNER (eds.), *Populismo: Sus significados y características nacionales*. Buenos Aires, Amorrortu, p. 258-304.
- ŽIŽEK, S. 2002. A Plea for Leninist Intolerance. *Critical Inquiry*, 28(2):542-566.
- ŽIŽEK, S. 2007. Resistance Is Surrender. *London Review of Books*, 29(22). Disponible en: http://www.lrb.co.uk/v29/n22/zize01_.html, acceso en: 18/11/2007.
- ZOVATTO, D. 2007. Informe Latinobarómetro 2007: Conclusiones principales. Disponible en: <http://www.nuevamayoria.com/ES/ANALISIS/index.php?id=zovatto>, acceso en: 14/11/2007.

Submetido em: 23/08/2009

Aceite em: 09/09/2009